

Una formación europea para un reformador español, Pablo Montesino

Julio RUIZ BERRIO

Departamento de Teoría e Historia de la Educación.
Universidad Complutense de Madrid

España, como muchas otras naciones, ha recibido influencias diversas a lo largo de los siglos sobre sus sociedades, sobre sus culturas, sobre su educación. Desde luego, no siempre con la misma frecuencia ni con la misma intensidad. Hubo largas etapas en las que estuvieron cerradas las fronteras culturales so pretexto de evitar la «contaminación ideológica». Pero hubo otros muchos periodos, la mayor parte precisamente, en que de buen grado o por fuerza sostuvimos importantes y decisivas relaciones internacionales en cuestiones educativas.

Nuestros contactos con varios pueblos desde la antigüedad nos enseñaron y nos ayudaron a ello. Primero fue el Mediterráneo la vía de conexión con todas las sociedades que a él se asoman o que en él se han constituido. Después fueron los Pirineos, o mejor dicho, los pasos abiertos en los Pirineos, el camino de enlace con otras culturas. Y estas vías se recorrieron en doble dirección a la hora de relacionarnos. No sólomente conocimos a los demás porque nos invadieran o vinieran a visitarnos, sino que también nosotros invadimos y visitamos (Ruiz Berrio, 1985).

Al principio de la era cristiana, la cultura y la sociedad romana nos permitieron estudiar fuera o aprender en el interior, o bien destacar como un romano más, como en los casos de Séneca y Quintiliano, el primer profesor de retórica pagado oficialmente por el Imperio. En la Alta Edad Media, aunque con las limitaciones propias de la época, el desarrollo del Monacato, que tuvo en la Península Ibérica una de las vías de penetración, se convirtió en una magnífica posibilidad de conocimiento internacional. Por otra parte, la invasión árabe y su dominio durante casi un milenio nos abrió cultural-

mente a otras sociedades distintas, aventajadas a nosotros y al resto de Europa en diversos conocimientos, como el de la Medicina o el de la Astronomía, y precursores nuestros en varias instituciones docentes, como es el caso de la madrasas.

Ya en la Baja Edad Media, cuando se forman nuestras lenguas, nuestras villas, nuestras ciudades, nuestras universidades, nuestras primeras escuelas municipales, el contacto con Europa empezó a ser más frecuente, decisivo y necesario. Pero al mismo tiempo se ensayó la relación y el conocimiento de pueblos más lejanos: los viajes del Rabi Benjamín de Tudela en el siglo XII por Africa y Asia (como también por Europa, a la vuelta) son una muestra interesante, constatada por la publicación del libro correspondiente en 1543.

Mas no es al caso aquí una síntesis de las diversas fases por las que ha pasado España en sus relaciones internacionales en cuestiones de educación. Se trataba sólo de recordar la vocación y la historia españolas en lo que al contacto con otras sociedades y culturas se refiere. Quizá debidas a su posición geográfica de encrucijada de caminos desde la antigüedad. Posiblemente debidas a ser la civilización española crisol de muchas. En cualquier caso, nos vamos a permitir dar un salto en el vacío y pasar a contemplar el periodo de mayor influencia extranjera en la educación española, el del siglo XIX.

Y esta notable influencia internacional en la educación española del siglo XIX es, a nuestro juicio, muy importante, porque, a grosso modo, es la época en que se perfiló y se construyó nuestro sistema educativo nacional. Además, la influencia fue muy superior en la primera mitad del siglo, justamente cuando se diseñó el sistema educativo y se sentaron las bases de la administración y de la legislación escolares.

Los ilustrados españoles instauraron una política oficial de conocimiento y difusión de las principales corrientes científicas, culturales, ideológicas de la Europa de su época. En el caso de la enseñanza se tradujeron obras, se trajo a profesores extranjeros, se informó sobre acontecimientos pedagógicos de importancia, se recabaron noticias sobre métodos y procedimientos modernos de enseñanza a todos los niveles, se puso en marcha una reforma educativa ambiciosa que no logró el éxito apetecido por la obstrucción de los grupos reaccionarios, que eran mayoritarios (Viñao Frago, 1982).

LA EUROPEIZACION A TRAVES DEL EXILIO

Sin embargo, a pesar de que no triunfaran las minorías ilustradas en sus propósitos, sí consiguieron mentalizar hacia la modernización y el progreso a amplias capas de la burguesía que al empezar el siglo XIX tendrían en sus manos las esferas de poder. De esa forma fueron posibles las Cortes de Cádiz, que significaron la ruptura con el Antiguo Régimen. Pero ello no supuso que el camino en la nueva dirección estuviera despejado. Por el contrario,

tuvieron que sufrir en sus carnes los últimos coletazos de los reaccionarios, y en varias ocasiones. Una de ellas fue precisamente la posterior a 1823, cuando «gracias» a la ayuda de Francia fue repuesto el régimen dictatorial de Fernando VII en el poder. Los constitucionalistas fueron disueltos y perseguidos. Los que no fueron fusilados o encarcelados pudieron huir y se instalaron en varias partes de Europa. Así comenzó un exilio que duraría diez u once años, y que sirvió en la mayoría de los casos para aumentar su voluntad de contacto permanente con el extranjero, así como para que las tendencias y principios de varias naciones de Europa estuvieran presentes en la construcción de una España constitucional a partir de 1833, año de la muerte de Fernando VII.

Y uno de los campos donde se dejó notar poderosamente esta realidad fue en el de la educación, en el de la enseñanza. Si ya el *Anteproyecto de Decreto sobre Instrucción pública* de 1814 estaba inspirado (en algunos párrafos hasta copiado) en las doctrinas francesas al respecto (Ruiz Berrio, 1970), sobre todo en Condorcet, la legislación desarrollada a partir de 1833 se elaboró constantemente teniendo en cuenta los últimos antecedentes europeos. La legislación escolar, la administración escolar, la estructura del sistema, el ordenamiento de las instituciones, los métodos, los programas, la pedagogía. Ello fue obra de los exiliados, sobre todo de los exiliados en Francia y en el Reino Unido. Hablar de todos los focos de exiliados españoles en aquella época no es posible en estas páginas. Ni siquiera de un foco sólo. No procede en estas dimensiones. Pero me voy a referir, por vía de ejemplo, a uno solo de esos exiliados, a *Pablo Montesino* (Martínez Navarro, 1989; Ruiz Berrio, 1986; Sureda García, 1984). Entre otras razones, porque él fue la persona de influencia más amplia e intensa en la educación española durante la primera mitad del siglo XIX. Porque Montesino fue uno de los grandes reformistas que ha habido en España.

Sin duda, como mejor podemos considerar a Montesino es como el principal impulsor de la educación popular en la España de la era isabelina. Antecesor claro de hombres de finales del siglo XIX, como Giner de los Ríos, Joaquín Costa o Manuel Bartolomé Cossío (Ruiz Berrio, Tiana, Negrín, 1987), diagnosticó como grave la situación del pueblo español, y decidió que la generación del país se lograría mediante un plan de educación nacional y racional. Aspiraba a que los españoles dejaran de «ser instrumentos y víctimas de intereses ajenos que desconocen», y para conseguirlo opinaba que la primera tarea «es llevarlos a que piensen por sí», (Montesino, 1841: 24; Montesino, s. d.: 62). Formar caracteres, formar hombres, es, por otra parte, el objetivo de su pedagogía, así como la clave de su reforma.

Creyente en el optimismo pedagógico de la ilustración, quiere y procura la extensión de la instrucción a todos los españoles —para que conozcan y puedan ejercer sus derechos de ciudadanos—. Pero la experiencia en Europa le enseña que no se debe rendir culto a la razón. Y de manera rotunda va a señalar que «*el primero y más importante principio* en todos los siste-

mas de enseñanza primaria elemental es, indudablemente, el que impone como un deber a los maestros el cuidado de *la formación del carácter* de sus discípulos, con preferencia a los progresos que éstos pueden hacer en todos y cada uno de los ramos de instrucciones que están recibiendo. Antes hombres de bien que hombres de saber. Se confirma así que Montesino también ha superado los límites de la Ilustración (Montesino, 1843: 6).

Le preocupaba muchísimo el sentido de las Escuelas Normales, que los maestros futuros supieran desde el primer momento cuál debía ser su misión. Quería unos maestros encargados de la regeneración del pueblo, y no unos simples instructores en algunos conocimientos más o menos útiles. En un momento en el que el porcentaje de analfabetismo en España oscilaba entre el 70 y el 80 %, a Montesino no le bastaba con que los maestros fueran a los pueblos, a las villas, a las ciudades, con el sólo propósito de enseñar a leer y a escribir. Esa era una tarea necesaria y valiosa, pero siempre dentro de un marco de acción que persiguiera educar al pueblo, no meramente instruirlo. «Formar, pues, el carácter moral del individuo, instruirle y prepararle para las artes y oficios útiles de la vida, sin perder de vista el cuidado de robustecer su constitución física, viene a ser el triple objeto que debe proponerse el maestro» (Montesino, 1943: 6).

Para ayudar a las clases populares, Montesino logró la creación de las escuelas de párvulos (10 de octubre de 1838). Promovió la enseñanza primaria desde 1834 hasta su muerte, y organizó y dirigió la primera Escuela normal de España (8 de marzo de 1839). Sus mismas palabras confirman mi enfoque: «Cuando se creó la Escuela Normal Central con el objeto de formar maestros aptos para llevar a efecto la reforma necesaria y urgente de la enseñanza primaria, o sea, la *instrucción* y, hasta cierto punto, *la educación del pueblo*, pareció...» (Montesino, s. d. Curso: 1).

En otra ocasión, al hablar del modo de formar los maestros de las escuelas de párvulos, expresará que no quiere que se retraigan de esa formación «las personas dispuestas a una empresa tan importante como la de dar conveniente educación a los pobres» (Montesino, 1864: 38). En líneas generales podemos afirmar que Montesino estaba persuadido «de que la enseñanza primaria es uno de los más importantes beneficios que pueden dispensarse a los pueblos, y de que ningún otro puede contribuir más eficazmente a la felicidad de las familias, a la mejora de las costumbres públicas, al conocimiento y reforma de los abusos, y a la consolidación de las buenas instituciones políticas» (Instrucción, 1834).

INFLUENCIA DE PESTALOZZI

Obligado en el exilio a cuidar de la educación de sus hijos, fue un pedagogo de vocación tardía, pero sin duda alguna el más importante de su periodo en España. «Deseando acertar en mi empresa, hube de informarme de

métodos, libros, maestros y cuanto tiene relación con la enseñanza elemental de los niños, y esta investigación me condujo, muy a gusto mío, al fertilísimo campo que con tanto fruto cultivan en el día los hombres de más saber en todos los pueblos ilustrados: al gran negocio que ocupa los espíritus donde quiera que el verdadero bienestar de los hombres se aprecia en lo que vale, a el de la educación pública y privada, en fin» (Montesino, 1989: 164).

Montesino está influenciado notablemente por Pestalozzi, al que considera como el verdadero renovador de la pedagogía. Además, en su obra se aprecia también el fuerte impacto de las directrices educativas inglesas, de lo que dejó constancia en diversos escritos, como el *Manual para los maestros de las escuelas de párvulos*, donde, entre otras referencias a la Inglaterra de su tiempo, destacan sus elogios a Diego Buchanan y a Samuel Wilderspin, a los que considera como los primeros organizadores e inspiradores de las escuelas de párvulos. Por otra parte, no podemos olvidarnos de la incidencia en su pensamiento pedagógico de autores clásicos, como Quintiliano, Loche, Rousseau y Fellenberg.

Su conocimiento de Pestalozzi le fue posible a través de dos vías principales. La primera cronológicamente, la española, ya que cuando él se licenciaba en Salamanca se estaba llevando a cabo en Madrid la interesante experiencia del Real Instituto Militar Pestalozziano, y, años después, siendo diputado, trabó contacto con la difusión de las ideas del pedagogo suizo, muy admiradas por los constitucionalistas (Sanchidrián, 1985; Sureda, 1985).

La segunda vía fue la inglesa. Durante su estancia en el Reino Unido conoció mejor los métodos de Pestalozzi a través del Dr. Ch. Mayo y su hermana, que habían pasado unos años en Suiza. si bien hay que recordar que los años veinte fueron años de importancia de la pedagogía pestalozziana en la Gran Bretaña. Y no podemos olvidar que entre la colonia española en el exilio inglés el sistema educativo de Juan Enrique Pestalozzi contó con grandes admiradores. Un ejemplo de ello, aparte el caso de Montesino, puede ser que en un libro de lectura para hijos de españoles emigrados, como el de José de Urcullu, se inserta un «Examen de los medios que se deben emplear en la educación, fundada en Suiza por M. Krusi, discípulo de Pestalozzi», libro terminado de escribir en Londres, el 30 de noviembre de 1825 (Urcullu, 1879: 230-242).

Modelos europeos para un proyecto de educación nacional

De todas formas, no se puede olvidar que entre las clases dirigentes en la Europa del Romanticismo había gran facilidad de comunicación sobre ideas, métodos, organizaciones, obras de educación y libros de lectura de diversos países. Además de noticias al día sobre la enseñanza de diferentes lugares y sociedades. Recordemos que son los años en que surge precisamente la Educación Comparada. La misma obrita sobre el tema de Marc Antoine

Jullien de Paris se empezaba a traducir en España, en uno de los periódicos de más relieve, en el mismo año de 1817.

Sobre todo resultaban más favorecidas, más difundidas y aceptadas, publicaciones sobre cómo educar a los hijos, como es el caso de las de Lord Chesterfield, el abate Blanchard, el Dr. Mayo o el Dr. Ackermann, que venían a sustituir a los libros preferidos por la nobleza para educar a sus hijos a mediados del siglo XVIII.

Si la enseñanza primaria y la educación de los párvulos centraron la atención y la actividad de Montesino, a partir de una fe firme en su valor pedagógico y social, las enseñanzas superior y secundaria también merecieron algunas de sus reflexiones pedagógicas y de sus actuaciones políticas. Sobre el tema nos dejó en particular los *Ligeros apuntes y observaciones sobre la instrucción secundaria o media, y la superior o de Universidad*. Se trata de una obra de carácter comparatista y finalidad política, en la que nos informa sobre la situación de esos niveles de la enseñanza, de su sentido, de sus características, de su organización, etc., en varios lugares de Europa.

El primer caso de otras naciones que examina es el de Francia, y lo más interesante ahora, desde nuestra perspectiva histórica, es que ya Montesino afirma que esa nación «ha solido ser el objeto de nuestra admiración y ejemplo en lo bueno y en lo malo» (Montesino, 1836: 4). A lo largo de la obra se referirá en otras ocasiones a Inglaterra, Lombardía, Alemania, Prusia y Suiza, no contentándose con un simple informar sobre lo que allí se hace en establecimientos o política escolar de los dos niveles, sino que constantemente procura indicar las causas de aquel estado de cosas, de su contexto general, pasando después a recomendar lo que en virtud de las diferencias o similitudes de contexto se puede y debe imitar en España o bien se debe olvidar. El origen de sus conocimientos *in situ* o bien por las relaciones internacionales que siempre mantuvo y defendió, le permitieron ese grado de madurez tan beneficioso para la política escolar española de entonces.

Montesino fue un educador de la libertad y para la libertad en una España que a él se la quitó durante once años. Pero esa misma privación de la libertad fue la que le «obligó» a ser un gran educador, a la vez que le permitió cultivar las relaciones internacionales y conocer a otros países directamente, con el consiguiente provecho.

A la vuelta del exilio, la mayor parte en la isla de Jersey, dedicó casi todas sus actividades a la educación nacional, participando desde el primer momento en altos organismos directivos y consultivos del país, pero trabajando a la vez en primera línea de la enseñanza, como lo demuestra su labor de dirección de la primera Escuela Normal, sus visitas de inspección a escuelas e institutos, y la elaboración de textos pedagógicos. El 6 de septiembre de 1834 fue nombrado miembro de la Comisión Central «para formar el plan de instrucción pública. Fueron quince años, hasta su muerte en 1849. De intensa actividad, de entrega ejemplar, y de honradez social y pedagógica (Ruiz Berrio, 1989).

Además, como Licenciado en Medicina que era, siempre mantuvo conexiones con ese campo, destacando también en puestos nacionales de reforma de la Sanidad civil y la militar. Asimismo merece la pena recordar que entre otros puestos no docentes ocupó el de Director de la Imprenta Nacional, en la época más liberal. Y, por supuesto, perteneció a muchas Sociedades científicas extranjeras y nacionales, aunque con la que más se honró en trabajar y en pertenecer fue la «Sociedad para propagar y mejorar la educación del pueblo».

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- INSTRUCCION (1834): *Instrucciones para el régimen y gobierno de las escuelas primeras letras del Reino*, de 31 de agosto de 1834.
- MARTINEZ NAVARRO, A. (1988): «Estudio preliminar» al *Curso de Educación, Métodos de enseñanza y Pedagogía*, de P. Montesinos. MEC, Centro de Publicaciones, Madrid, 9-77.
- MONTESINO, P. (s. d.): *Curso de Educación. Métodos de enseñanza y de Pedagogía*. (Texto manuscrito inédito hasta 1988, en que ha sido editado por A. Martínez y publicado por el Ministerio de Educación y Ciencia.)
- MONTESINO, P. (s. d.): *Las noches de un emigrado*. Texto manuscrito inédito. Noche 2.^a
- MONTESINO, P. (1836): *Ligeros apuntes y obserbaciones sobre la instrucción secundaria o media, y la superior o de Universidad*. Librería de Sojo y Razola, Madrid.
- MONTESINO, P. (1841): «Discurso». *Boletín Oficial de Instrucción Pública*, 3.
- MONTESINO, P. (1843): «Premios y castigos en la enseñanza primaria». *Boletín Oficial de Instrucción Pública*, 46.
- MONTESINO, P. (1864, 3a): *Manual para los maestros de escuelas de párvulos*. Imp. y litografía de Juan E. Delmás, Bilbao.
- MONTESINO, P. (1889): *Las noches de un emigrado*, «Prólogo». Editado en la obra de J. Sama, *Montesino y sus doctrinas pedagógicas*. Juan y Antonio Bastinos, Barcelona.
- RUIZ BERRIO, J. (1968): «Pablo Montesino», en *Textos pedagógicos hispanoamericanos*, de A. Galino, pp. 938-948.
- RUIZ BERRIO, J. (1970): *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*. CSIC, Madrid.
- RUIZ BERRIO, J. (1985): «Introducción a la Educación comparada», en *Educación comparada*, coord. por J. R. Berrio. Anaya, Madrid.
- RUIZ BERRIO, J. (1989): «Un reformador social en una sociedad burguesa: Pablo Montesino». *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, 5, 33-43.
- RUIZ BERRIO, J.; TIANA, A., y NEGRIN, O. (coord.) (1987): *Un educador para un pueblo: Manuel B. Cossío*. UNED, Madrid.
- SANCHIDRIAN BLANCO, C. (1985): «Influencias de Pestalozzi en Pablo Mon-

- tesino. Repercusiones en la educación española decimonónica». *Historia de la Educación*, 4, 63-71.
- SUREDA, B. (1984): *Pablo Montesino: liberalismo y educación en España*. Prensa Universitaria, Palma de Mallorca.
- SUREDA, B. (1985): «Los inicios de la difusión del método de Pestalozzi en España. El papel de los diplomáticos españoles en Suiza y de la prensa periódica». *Historia de la educación*, 4, 35-62.
- URCULLU, J. DE (1897): *Lecciones de moral, virtud y urbanidad*. Nueva edición. Faustino Paluzie, Barcelona, 230-242.
- VIÑAO FRAGO, A. (1982): *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea*. Siglo XXI de España, Madrid.

RESUMEN

Pablo Montesino fue un gran pedagogo y un notable político de la educación. A su impulso se deben en España varias instituciones, como las Escuelas Normales o las Escuelas de Párvulos, así como un proyecto moderno y progresista de nuestro sistema nacional de educación. En este artículo se pone de relieve que su formación pedagógica fue fundamentalmente europea, a través de su exilio y a través de lecturas.

SUMMARY

Pablo Montesino was a great educator and a magnificent agent of educational politics. Different institutions, as Training Theachers schools or Infant's schools, the same as a modern and progresist project of our National Education System, are due in Spain at his efforts. This paper emphasize that his educational training came above all from the Europe, by the way of exile or through different lectures.